

Miradas sobre el padre Feijoo en el republicanismo histórico español

SERGIO SÁNCHEZ COLLANTES
(*Universidad de Burgos*)

«El padre Feijoo era un republicano de tomo y lomo, porque en una de sus obras aseveró que era ciudadano libre de la República de las Letras».

Gracia y Justicia, Madrid, 12-V-1934, pág. 4.

Introducción

La cita que encabeza este trabajo no es más que una ironía, pero ilustra muy bien el extremo al que pueden llegar los usos fraudulentos de la historia, porque cosas igual de disparatadas se afirmaron sobre figuras o hechos pretéritos en todas las culturas políticas surgidas en la España contemporánea. El extracto seleccionado procede de un semanario católico y antirrepublicano que, allá por 1934, denunciaba la utilización con fines políticos que sus adversarios hacían de ciertos personajes. El recurso al sarcasmo y la exageración constituía un rasgo frecuente en el lenguaje periodístico, y más cuando se trataba de prensa satírica: «Vives, Gracián, Raimundo Lulio, Lope de Vega, nos consta que eran radicales socialistas», apostillaba en otro pasaje el mismo artículo¹.

Esas frases, ciertamente, no fueron escritas por republicanos, pero en las filas del republicanismo español, en sus variadas familias, se documentan ocurrencias parecidas en las que la tergiversación no es menor, como la de aquel publicista que trató de remontar el origen de la democracia española nada menos que a la batalla de Covadonga². Ahora bien, no hace falta alcanzar ese punto de deformación de la realidad para que existan lecturas interesadas y apropiaciones más o menos deshonestas, sin menoscabo de que convivan con otros lazos o vínculos difícilmente cuestionables. De hecho, la instrumentalización que se verificó de forma más sutil quizá es la que encierra más interés para el estudio de dieciochistas e historiadores del periodo contemporáneo.

¹ «Cada cual habla de la feria según le va en ella», en *Gracia y Justicia*, Madrid, 12-V-1934, pág. 4.

² Sergio SÁNCHEZ COLLANTES, «Inventarle abuelos a la democracia. Aproximación a los usos de la historia en el republicanismo decimonónico español», *Revista de Historiografía*, 8 (2008), págs. 123-132, cita en pág. 126.

El presente artículo se inscribe dentro de una línea de investigación más amplia sobre la formación y el desarrollo de las culturas políticas republicanas y democráticas en el siglo XIX. En ese proceso, ocuparon un lugar esencial las diferentes lecturas que se hicieron del pasado. Y la Ilustración, en particular, constituyó un fenómeno del que los republicanos se sentían herederos. Dirigentes y publicistas glorificaron a menudo a sus figuras más representativas, siendo Jovellanos el mejor ejemplo. En su caso, no se trató de un simple homenaje a un paisano el que intentaron brindarle en 1873 los concejales republicanos del Ayuntamiento de Gijón, cuando propusieran levantarle una estatua en la Plaza Mayor justamente para «perpetuar la memoria de la proclamación de la república»³.

A lo largo del siglo XIX, los distintos republicanismos se fueron configurando en España a partir de una serie de referentes y herencias doctrinales. Sus discursos mezclaban vetustos héroes patrios con pensadores de siglos más cercanos que instrumentalizaban a su gusto aun en los supuestos en los que objetivamente se puede aceptar una genealogía filosófica más o menos forzada. Todo ello dio lugar a una visión nacional propia en la que los republicanos, sin dejar de compartir elementos con otros liberales, trataban de justificar su propia existencia en las luchas políticas de su tiempo, y lo hicieron engarzándola con una serie de combates por la libertad que llegaron a remontar hasta la misma protohistoria peninsular. En sus lecturas del pasado, lo mismo alaban a Viriato que a los Comuneros; a los patriotas de 1808 que a Riego⁴.

Ahora bien, en medio de tantas reivindicaciones interesadas, en el caso de los ilustrados y los republicanos sí había un nexo de fondo que puede juzgarse objetivo, un sustrato ideológico que autorizaba que los segundos se considerasen a sí mismos como herederos de los primeros. Y no sólo en el ochocientos. Todavía a comienzos del siglo XX, se enorgullecían de ello. Es algo en lo que han incidido diversos autores: el ideario republicano entroncaba con el racionalismo ilustrado y con las primeras formulaciones relacionadas con la soberanía nacional, la propiedad privada, la crítica a las fuentes de la autoridad tradicional, la concreción de una serie de derechos del hombre que los gobiernos debían preservar y la confianza en la armonía social, en la perfectibilidad del ser humano mediante la educación, en la reforma evolutiva y en la posibilidad de crear un orden político justo y representativo⁵. Pero todo ese acervo, naturalmente, no

³ Sergio SÁNCHEZ COLLANTES, «La faceta jovellanista del republicanismo español», en Ignacio Fernández Sarasola, Elena de Lorenzo Álvarez, Joaquín Ocampo Suárez-Valdés y Álvaro Ruiz de la Peña Solar (coords.), *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*, Gijón, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ediciones Trea, 2011, págs. 753-769.

⁴ Ángel DUARTE, «Los republicanos del ochocientos y la memoria de su tiempo», *Ayer*, 58 (2005), págs. 207-228. Sergio SÁNCHEZ COLLANTES, «Inventarle abuelos a la democracia», págs. 123-132.

⁵ José ÁLVAREZ JUNCO, «La cultura republicana española a principios del siglo XX», en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, págs. 265-292, pág. 267; Pamela B. RADCLIFF, *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*,

ha de facultar a los republicanos ni para extrapolar al pasado lecturas que jamás estuvieron en la mente de los pensadores que invocan, ni para creerse los únicos receptores de un legado que, de hecho, ha sido reclamado históricamente desde posturas ideológicas muy diferentes e incluso antagónicas.

Los juicios que sobre el benedictino emitieron los republicanos presentan un grado variable de distorsión, pero tampoco faltan valoraciones ecuanímes. Una muestra de lo primero, por ejemplo, se tiene en el catedrático Miguel Morayta cuando sentencia tajantemente que Feijoo «merece el título de revolucionario radical». Más comedido en el análisis, Eduardo Chao, ministro de Fomento en la República del 73 durante el gobierno de Salmerón, consideró muy poéticamente que «Torquemada había quemado el pensamiento en sus hogueras, y el P. Feijoo removi6 sus cenizas y en sus chispas encendi6 la antorcha de la nueva filosofía»⁶.

En ocasiones, la estima que los republicanos le profesaron a Feijoo fue m6s all6 de los elogios o las declaraciones amables que hoy se pueden localizar en su producci6n escrita, y se manifest6 en proyectos tangibles de indudable relevancia. Hay que destacar, en concreto, a quienes desempeñaron un papel importante en la recuperaci6n de su obra. No olvidemos que la primera reedici6n del *Teatro cr6tico* que se impuls6 en el XIX —bien es cierto que antol6gica, no completa— la inici6 en 1852 Wenceslao Ayguals de Izco, uno de los que en el ochocientos intentaron sacarlo «de tan injusta preterici6n»⁷. Y este vinarocense fue un personaje esencial en la historia del republicanismo español, integrante de la primera generaci6n de dem6cratas en nuestro pa6s y quien, seg6n nos recuerda Mart6nez Gallego, «hab6a sido el primer alcalde republicano de España, all6 cuando la Rep6blica no ten6a ni siquiera partido que la defendiese»⁸.

Barcelona, Debate, 2004 [1.ª ed., Cambridge, 1996], p6g. 26; Demetrio CASTRO, «La cultura pol6tica y la subcultura pol6tica del republicanismo español», en Jos6 Luis Casas y Francisco Dur6n (coords.), *El Republicanismo en la historia de Andaluc6a*, Priego de C6rdoba, Patronato Niceto Alcal6-Zamora y Torres, 2001, p6gs. 13-34; ver p6g. 26; Octavio RUIZ-MANJ6N, «La cultura pol6tica del republicanismo español», en G. G6mez-Ferrer (coord.), *La 6poca de la Restauraci6n (1875-1902). Civilizaci6n y cultura*, en *Historia de España Men6ndez Pidal*, tomo XXXVI, vol. II, Madrid, Espasa Calpe, 2002, p6gs. 178-196, ver p6g. 180; Manuel S6AREZ CORTINA, «Dem6cratas y republicanos entre dos Rep6blicas, 1874-1931», en 6ngeles Egido y Matilde Eiroa (eds.), *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*, Madrid, CIERE, 2002, p6gs. 43-74; v6ase p6g. 44.

⁶ Miguel MORAYTA, *Las Constituyentes de la Rep6blica Española*, Par6s, Sociedad de Ediciones Literarias y Art6sticas, 1908, p6g. x. La cita de Chao, en Ferm6n CANELLA, *Estudios asturianos (Cartafueyos d'Asturies)*, Oviedo, Imp. y Lib. de Vicente Brid, 1886, p6g. 165.

⁷ De hecho, era la primera desde la tentativa de Valent6n Foronda en 1787. Jos6 Antonio P6REZ-RIOJA, *Proyecci6n y actualidad de Feijoo (ensayo de interpretaci6n)*, Madrid, Instituto de Estudios Pol6ticos, 1965, p6gs. 18-19.

⁸ Francesc A. MART6NEZ GALLEGO, «Democracia y rep6blica en la España isabelina. El caso de Ayguals de Izco», en Manuel Chust (ed.), *Federalismo y cuesti6n federal en España*, Castell6 de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2004, p6g. 45.

Historiadores y publicistas en torno a Feijoo

A fin de pulsar las valoraciones que sobre el padre Feijoo hicieron los publicistas republicanos, hay dos primeros ejemplos magníficos, que además permiten considerar este objeto de estudio en dos tendencias diferentes del arco republicano: la federal y la castelarina, o, dicho en otros términos, la demoesocialista y la demoliberal⁹. Nos referimos a dos historiadores: el abogado Francisco Pi y Margall y el catedrático Miguel Morayta, personalidades muy destacadas en su época al margen de su militancia política. Ambos nacieron, respectivamente, sesenta y setenta años después de la muerte de Feijoo. Pi y Margall (1824-1901) fue uno de los cuatro presidentes de Gobierno de la República de 1873 y, un poco más tarde, el principal dirigente del Partido Republicano Federal. Morayta (1834-1917), por su parte, estuvo vinculado a la tendencia republicana que lideró Emilio Castelar y que en la Restauración se aglutinó en torno al Partido Republicano Posibilista, aunque el profesor, que se distinguió por su librepensamiento, mantuvo una crítica al poder clerical que fue más allá de las moderadas aspiraciones de esa organización política¹⁰.

En 1887 se publicó en Oporto una selección de artículos escogidos del *Teatro crítico* y su prólogo le fue encomendado a Francisco Pi y Margall. El responsable de la empresa fue Domingo Feito, un republicano federal emigrado que tenía en esa ciudad una tipografía¹¹. Fechado en Madrid en julio de 1887, el prólogo es breve, apenas una decena de páginas, pero contiene observaciones sustanciosas. Ignoramos si la elección de la antología fue responsabilidad de Pi, dado que ninguna criba es aséptica, pero de todas formas incluye los trabajos habituales en otras compilaciones, que no dejaban de aludir a temáticas muy gratas al publicismo republicano, como sucede con todas las relacionadas con la difusión de la cultura, la lucha contra la superstición y la milagrería, la aptitud de las mujeres para cometidos de los que tradicionalmente se las excluía, etcétera¹².

⁹ Los dos últimos calificativos responden a la taxonomía propuesta por Román MIGUEL GONZÁLEZ, «Las culturas políticas del *republicanismo histórico* español», *Ayer*, 53 (2004), págs. 207-236

¹⁰ El estudio más completo del pensamiento pimargalliano continúa siendo el de Antoni JUTGLAR, *Pi y Margall y el federalismo español*, Madrid, Taurus, 1975-1976, 2 vols. En cuanto a Morayta, todavía en 1911 desempeñaría un papel esencial en la formación de la Liga Anticlerical Española, como se recuerda en Manuel SÚAREZ CORTINA, *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pág. 211.

¹¹ Los datos biográficos del impresor los desvela *La República*, Madrid, 4-VIII-1887: «Un compatriota y querido correligionario nuestro, Domingo Feito, emigrado y dueño de un establecimiento tipográfico en Oporto, ha emprendido la publicación en una edición económica de los principales artículos del famoso *Teatro crítico*, del P. Feijoo, uno de los que, émulo de los enciclopedistas franceses, comenzó en España a quitar de los ojos de los españoles las telarañas de la preocupación y del fanatismo».

¹² FRANCISCO PI Y MARGALL, «Prólogo», en Benito Jerónimo FEIJOO, *Teatro crítico (artículos escogidos)*, Oporto, Tipografía A. Minerva de Domingo Feito, 1887, págs. III-XII. Esta selección comprendía, junto con el prólogo del propio beneditino, los trabajos «Voz del pueblo», «Defensa de las mujeres», «Las modas», «Astrología judiciaria y almanaques», «Milagros supuestos», «Desenredo de sofismas», «El no sé qué», «Razón del gusto» y «Sabiduría aparente».

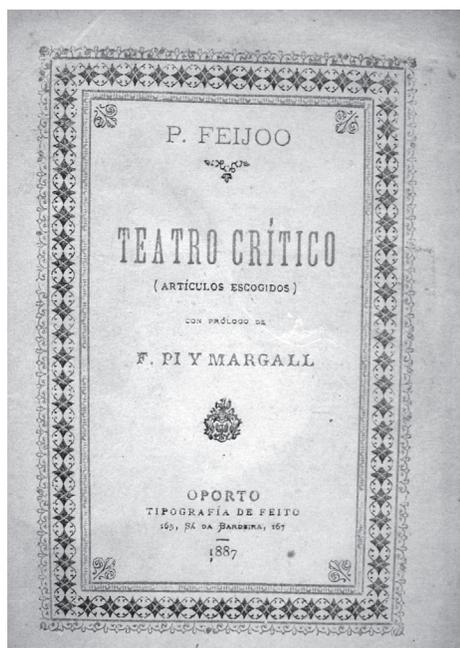


Figura 1. Portada de la antología que prologó Pi y Margall (colección particular)

Lo primero que se podría creer es que, siendo Pi y Margall historiador, no resulta significativo que haya escrito el prólogo de una obra de estas características porque seguramente lo hizo un montón de veces; pero no ocurrió así: muy al contrario, se trató de un quehacer más bien raro en él. Este dirigente federal, autor de obras doctrinales tan influyentes como *La Reacción y la Revolución* (1854) o *Las Nacionalidades* (1876), escribió a lo largo de su vida muy pocos prólogos, casi todos a trabajos de autores que de una u otra forma engrosaron el acervo doctrinal de un sector de la democracia española. Llevaron prefacio de Pi algunas obras de quienes fueron sus inspiradores (Proudhon) o correligionarios (así Fernando Garrido o Blasco Ibáñez), siendo contados los casos de pensadores de siglos anteriores, en concreto dos: los padres Juan de Mariana y Feijoo. Esto, huelga decirlo, otorga un valor especial al texto que nos ocupa aun considerando su brevedad¹³.

Pi y Margall recuerda nada más empezar que Feijoo «jamás dijo cosa por la cual pudieran censurarle sus hermanos», ni deslizó en sus obras «idea alguna que pudiera hacerle sospechoso al más severo creyente». Pero a reglón

¹³ Tomamos como referencia la base de datos de la BNE y el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español. FRANCISCO PI Y MARGALL, «Discurso preliminar», en *Obras del padre Juan de Mariana*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1854, págs. v-XLIX, t. I.

seguido afirma, parece que refiriéndose a sus contemporáneos del siglo XIX, que es «indudable que los ortodoxos no miran con verdadero cariño a nuestro hombre», y que no les gustan sus obras, llegando «alguno a decir que debería quemárselas»¹⁴. Es de suponer que lo que habrían detestado tales adversarios era justamente una de las principales virtudes que los republicanos vieron en la obra del benedictino, y que Pi resume como sigue:

Combatía Feijoo vigorosa y razonadamente las preocupaciones de su tiempo, sin perdonar los milagros supuestos, las falsas profecías y las tradiciones absurdas, y procuraba con ahínco desvanecer, por el conocimiento de las leyes físicas, los fantasmas de que habían llenado la imaginación de los pueblos el fanatismo y la ignorancia. Queriendo o sin querer, tendía incesantemente a reducir los límites de lo sobrenatural y extender los de la naturaleza¹⁵.

«Queriendo o sin querer». Este matiz es importante porque hay varios pasajes en los que Pi y Margall da a entender que el ideario de Feijoo era más radical de lo que muestran sus escritos, en los que, según él, no se habría atrevido a volcar toda su heterodoxia. Se trata, evidentemente, de una interpretación; una lectura forzada en la que intenta que el benedictino sea casi uno de los suyos, pero que, al haber nacido en otra época y contexto, no habría podido actuar y desenvolverse como tal. Pi argumenta que si eran falsos unos milagros que se tenían por verdaderos, ¿por qué no iba a ser el caso de todos? En ese sentido, «se corría, efectivamente, el peligro de ver puestos en duda los que habían justificado la canonización de los santos y la divinización de Cristo». Y ante tal riesgo, Pi viene a decir que el monje se autocensuraba: «Feijoo, bien por esos mismos temores, bien por el deseo de acallarlos, no se cansaba de hacer protestas ni de poner vallas a su propio pensamiento»¹⁶.

Pi, en resumen, no veía posible armonizar la forma razonada en que combatía unas creencias mientras afirmaba como indiscutibles otras cuya negación, además, juzgaba el benedictino herética. La explicación de Pi, lo que nos sugiere, es que se veía forzado a decir lo que verdaderamente no creía, y trata de justificarlo:

Cuando se le lee, sin embargo, apenas cabe decidir qué pudo moverle a tantas salvedades. Católico, sacerdote, fraile, acostumbrado de mozo a la disciplina, con más de cuarenta años de oír o enseñar Teología cuando cogió la pluma, pudo muy bien hacerlas bajo el peso de sus hábitos y sus antiguas creencias; pero las hizo a veces con

¹⁴ Seguramente pensaba en la tan citada frase de Alberto Lista en la que sentenció: «se le debiera erigir una estatua, y al pie de ella quemar sus escritos». Citada en Gonzalo DÍAZ DÍAZ, *Hombres y documentos de la filosofía española*, Madrid, CSIC, 1987, pág. 122, t. III. En PÉREZ-RIOJA, *Proyección y actualidad de Feijoo*, págs. 9 y 18, se opina sobre dicha frase que «cuesta algún trabajo suponerla suya», recordando además que «la mayoría de los impugnadores de Feijoo son religiosos».

¹⁵ PI Y MARGALL, «Prólogo», págs. III-V.

¹⁶ PI Y MARGALL, «Prólogo», págs. V-VI.

tal arte y de tal modo, que más parecen hijas del cálculo que del convencimiento. ¿No se las inspiraría el temor de romper con su pasado, el natural deseo de abrir camino a sus ideas, y sobre todo, la consideración del pueblo y el siglo en que vivía? A través de las palabras con que las formuló, creo distinguir a menudo la ironía del que se ve obligado a decir lo que no siente¹⁷.

El balance que hace es, en todo caso, positivo. Considera a Feijoo «digno de estimación y aplauso». En él ve a un hombre que «fue más lejos de lo que le permitían su educación y su carácter»; que «se sobrepuso a su tiempo, y rompió osadamente lanzas contra doctos e indoctos». Y lo que parece más importante tratándose de una lectura republicana: que «contribuyó a redimir y emancipar la razón como ninguno de sus hermanos», por lo que «es acreedor a que le amen y enaltezcan cuantos se interesen por la grandeza moral del hombre». Opinaba Pi y Margall que, «sin su cogulla de fraile, es probable que hubiese llevado más allá su pensamiento; pero lo es también que a sus primeros pasos hubiese sucumbido en la empresa». En otras palabras, muy elocuentes por lo atrevido de la comparación:

Voltaire no era aún posible en España. No lo eran todavía ni D'Alembert, ni Diderot ni ninguno de los enciclopedistas. No se había salido aún del letargo en que nos sumió la lucha contra la Reforma; ejercía aún sus bárbaras funciones el Tribunal del Santo Oficio, y continuaba dominando la fe el entendimiento y el corazón, así de la docta como de la profana muchedumbre¹⁸.

De modo que Pi y Margall, ubicándolo en su contexto, viene a excusarlo por no haber ido más lejos. Recuerda que «mejor que con Aristóteles estaba con Bacon y Descartes, y más de una vez tronó elocuentemente contra los que los despreciaban por innovadores o herejes». Finalmente, no se contiene a la hora de establecer unos puentes que de una u otra forma conducen al republicanismo siquiera en un plano meramente filosófico: «¿Quién, sin embargo, podrá no ver en nuestro benedictino al precursor de los enciclopedistas? Como ellos, se esforzó por abarcar el conjunto del saber humano. Como ellos, trabajó cuanto pudo por romper las ataduras que dificultaban el progreso»¹⁹.

El tratamiento que el catedrático Miguel Morayta le dio al benedictino es, por lo pronto, mucho más extenso. No se limita a un conciso prólogo, sino que le consagra un ensayo que ronda las 250 páginas y hay en él un trabajo más elaborado de reflexión²⁰. El diario republicano *El País* sintetizó el contenido de *El padre Feijoo y sus obras* como sigue: «Se analiza la inmensa labor del gran polí-

¹⁷ PI Y MARGALL, «Prólogo», págs. VI-VII.

¹⁸ PI Y MARGALL, «Prólogo», págs. VII-VIII.

¹⁹ PI Y MARGALL, «Prólogo», págs. VIII-IX.

²⁰ MIGUEL MORAYTA, *El padre Feijoo y sus obras*, Valencia, F. Sempere y Compañía Editores, 1912.



Figura 2. Detalle de la portada de la obra de Morayta (ejemplar digitalizado por la Universidad de Toronto)

grafo benedictino y las persecuciones de que fue objeto por combatir muchos de los errores y supersticiones de su tiempo»²¹. Aunque se publicó en 1912, recogía trabajos escritos anteriormente, y de hecho Morayta ya dictó conferencias sobre Feijoo en 1886, como la que se documenta en el Ateneo de Madrid²².

Morayta también había deslizado juicios clarificadores en escritos previos en los que llegó a considerar al monje un «revolucionario radical» al que España debía «su vida moderna», destacando su lucha contra la superstición y atribuyéndole juicios tan significativos como afirmar que «el rey es hombre como los demás». A su juicio, la obra que dejó era «verdaderamente original». Y se muestra tajante en su conclusión: «sin Feijoo no se comprende el siglo XVIII». Como tampoco el XIX: «sin él no habría sido aquella grandeza, que tras pasajero eclipse reapareció más pura en la revolución que personificaron las Cortes de Cádiz». Llega a sostener Morayta que la transformación liberal en España le debía más a Feijoo que al influjo originado por la Revolución Francesa:

²¹ *El País*, Madrid, 13-VI-1912.

²² *La Discusión*, Madrid, 10-II-1886.

El hecho de 1789 no habría tenido eco alguno en España, si la revolución no hubiese estado hecha en lo más granado de las clases directivas. Y esta revolución, que con efecto estaba hecha, debía muy poco a los enciclopedistas de allende el Pirineo. El impulso tenía abolengo nacional: habíalo dado el monje Feijoo, y así nuestra revolución se separó bien poco de las doctrinas del *Theatro*²³.

En la monografía consagrada a Feijoo, Morayta arranca de la necesidad de ubicar al monje en su contexto histórico para valorarlo con justicia. En su opinión, supo atacar «las enfermedades morales e intelectuales de sus días» con una «hábil terapéutica» que, al fin y al cabo, era «la única apropiada y posible entonces». Considerando ese marco, también describe las reacciones de algunos contemporáneos ante sus trabajos: «los políticos rancios y entusiastas de chocheos aullaron como energúmenos». Y habla de la «cruzada» que se desató, al llover «sobre la obra y sobre el autor, crisis, folletos, cartas, réplicas, apologías, coplas, anónimos, amenazas y refutaciones» (sin omitir la admiración que despertó en el rey y en el papa Benedicto XIV)²⁴.

En las descripciones del contexto histórico, Morayta se retrata ideológicamente. Así cuando trata de insinuar la opinión de Feijoo sobre asuntos que en realidad jamás comentó, aprovechando para deslizar la suya propia: «por muy en olvido que tuviera el mundo en los días de su juventud, a su noticia llegarían los hechizos del monarca, [...] los atentados de aquella infame Inquisición y los devaneos de la reina y las intrigas palaciegas, que convirtieron el Real Alcázar en antro de vergüenzas increíbles». Resulta un tanto ambigua semejante mezcla de biografía y relato histórico subjetivo, igualmente perceptible en afirmaciones del siguiente tenor: «ya hombre vio llegar al trono español una dinastía extranjera que asentó su autoridad sobre raudales de sangre». En la misma línea, también hace algunas lecturas de ciertas observaciones del monje que terminan convirtiéndose en opiniones nunca manifestadas por Feijoo —al menos en idénticos términos—. Por ejemplo, del hecho de que el benedictino afirmase que en el siglo anterior había tenido España «doctísimos varones», infiere Morayta que no pensaba lo mismo de su época: «De forma que para Feijoo los reinados del piadoso Felipe III, del poetastro Felipe IV y del imbécil Carlos II, determinaban un estancamiento en la cultura patria»²⁵.

El catedrático subraya que al atraso cultural y económico de España debía buscársele remedio «por el saber, debidamente esclarecido, que es tanto como por el *libre examen*». Y así trae Morayta al benedictino al terreno del librepen-

²³ Miguel MORAYTA, *Historia general de España*, Madrid, Felipe González Rojas, 1891, págs. 457-458, vol. V. Añade sobre la revolución española: «Fue despreocupada, enemiga de supersticiones, adversaria de las autoridades históricas [...]; pero muy católica y muy monárquica, como lo fue Feijoo». El autor, en otro pasaje, recuerda que Feijoo era «católico fervoroso y ortodoxo a macha-martillo» (pág. 326).

²⁴ MORAYTA, *El padre Feijoo*, págs. v y 12.

²⁵ MORAYTA, *El padre Feijoo*, págs. 43 y 46.

samiento, sugiriendo también, en cierto modo, la autocensura que ya indicara Pi: «Feijoo, con efecto, no reconocía otra autoridad que su razón, cuyos fueros alcanzaban a todo, menos a lo *realmente* definido por la Iglesia, que su condición de profundo teólogo le permitía conocer. Ante ello bajaba la cabeza, por convencimiento y por exigirlo el Santo Oficio». Teniendo presente la célebre frase en la que el monje dice: «escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada, lo que me dictaren la experiencia y la razón», Morayta se lamenta de que todavía en su época, en la Restauración, hubiera quien se escandalizase por ese proceder: «después de tanta libertad de la ciencia y de tantas revoluciones políticas, aun hoy ofende a muchos oídos pacatos». A su juicio, en resumen, tanto el *Teatro crítico* como las *Cartas eruditas y curiosas*, resultan «de largas reflexiones y se inspiran en el libre examen, tal como podía defenderle un católico»²⁶.

Lo que sugería para la enseñanza, lo considera Morayta «tan nuevo, tan atrevido, tan revolucionario», que por eso tuvo que introducir una «advertencia» en la que, entre otras cosas, pide que no se le considere «un atrevido ciudadano de la república literaria que [...] quiere reformar su gobierno»²⁷. Recordemos que a la cuestión de la enseñanza le dedicó Morayta bastantes reflexiones, en particular a la libertad de cátedra, que había centrado su discurso inaugural del curso académico de 1884-1885 en la Universidad Central, introduciendo apreciaciones que provocaron la reacción de los más conservadores y desencadenaron un hervidero estudiantil²⁸.

En fin, podrían añadirse otras consideraciones interesantes, como la de que «seguramente ningún español antes de Feijoo manifestó una idea tan exacta del progreso». También reflexiona ampliamente Morayta sobre los conceptos de religión, filosofía y moral que distinguían al benedictino, alabando al final que «no predicaba una vida estrecha de martirios y sufrimientos». Pero sobre todo destaca la crítica a las más variadas supersticiones, la creencia en «duendes, brujas, demonios y demás cortejo infernal», así como en adivinaciones, magia o astrología, de todo lo cual, según el catedrático, Feijoo dijo «la última palabra». Frente a la «inacabable y vergonzosa serie de ridículas creencias», el monje «hizo entrar en razón a aquellos desvariados espíritus»²⁹.

De algunos pasajes del *Teatro crítico*, intenta hacer Morayta una lectura política en clave republicana. Por ejemplo, si el monje afirma que «para el varón fuerte todo el mundo es patria, si bien debe servir a la república civil de que formamos parte», se pregunta el catedrático: «¿Presentiría Feijoo la confraternidad universal, objeto predilecto de tantos escritores y de tantos políticos con-

²⁶ MORAYTA, *El padre Feijoo*, págs. 44-45 (la cursiva figura en el original), 51 y 57.

²⁷ MORAYTA, *El padre Feijoo*, pág. 48.

²⁸ Miguel MORAYTA, *La libertad de cátedra. Sucesos universitarios de Santa Isabel*, Madrid, Editorial Española-Americana, 1911.

²⁹ MORAYTA, *El padre Feijoo*, págs. 54-55, 76 y 78-91.

temporáneos?». Y poco después vuelve a interrogarse: «¿quién manifestó fe más vivísima que él en el progreso humano?». Paralelamente, aplaude que opinase que los príncipes conquistadores eran «acreedores a odio público», acumulando a continuación una serie de extractos del texto feijoniano que contienen juicios sobre los reyes (así que «Dios no hizo el reino para el rey, sino el rey para el reino»). También escribe que para el beneditino «la mayor gloria de un monarca consistía en administrar honradamente los intereses de sus pueblos». Incluso rescata una idea que sin duda fue del agrado de quienes, como los republicanos, enarbolaron en el XIX la oposición a las quintas: «encuentra justo que se exceptúe del servicio de las armas a los labradores». Al final, concluye Morayta: «Feijoo era, pues, un político innovador»³⁰.

Aunque hayamos tomado los casos de Francisco Pi y Miguel Morayta como ejemplos paradigmáticos, es necesario recordar que hubo otros publicistas republicanos que también hicieron consideraciones muy positivas sobre Feijoo. Y abundaron los que fueron igualmente historiadores. Es el caso de Enrique Rodríguez Solís o de Enrique Vera y González, ambos federales. El primero destacó sus trabajos en pro de la cultura del pueblo español y lo incluyó dentro de los que llama «los *enciclopedistas* españoles», por haber revolucionado las ideas y luchado «contra las preocupaciones de su época, no sin exponerse a grandes riesgos». El segundo describe unos tiempos en los que «la Inquisición ahogaba en España todo germen de progreso» y la producción científico-filosófica resultaba «insignificante». Un periodo, ya sea el XVII o el XVIII, que mira con ojos de finales del XIX: «La democracia era entonces para los españoles un sueño». Ahora bien, en el panorama desolador que traza no soslaya un conjunto de excepciones liderado por el beneditino: «Feijoo, Isla, Floridablanca, Masdeu, Jovellanos, Campomanes y Moratín, brillan como astros de diversas magnitudes en el fondo tenebroso de su época de ignorancia y fanatismo». Así y todo, no muestra la ecuanimidad de Pi, que justificó sus limitaciones por el contexto histórico:

No se encuentra en el catálogo de esas notabilidades relativas un solo hombre de genio, un solo espíritu capaz de condensar las aspiraciones de su siglo, dar un mentís a las degradantes tradiciones del pasado y dirigir resueltamente la opinión en pos de nuevas conquistas³¹.

³⁰ MORAYTA, *El padre Feijoo*, págs. 114-117, 124 y 126.

³¹ Enrique RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia del Partido Republicano Español. De sus protagonistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, Madrid, Imp. de Fernando Cao y Domingo de Val, 1892, págs. 591 y 595-596, t. I (la cursiva figura en el original). También extracta un juicio de Castelar sobre el beneditino: «Feijoo analiza con fina sátira todas las supersticiones, y expulsa del seno de la naturaleza todos los milagros» (Enrique VERA Y GONZÁLEZ, *Pi y Margall y la política Contemporánea*, Barcelona, Tipografía La Academia, 1886, vol. I, págs. 401-403).

Dirigir la opinión equivalía a conquistar la opinión pública, un concepto que se extiende sobre todo en el XIX y que, como trataremos de argumentar, también incrementó el atractivo de la obra de Feijoo para los republicanos. Pedro Álvarez de Miranda ha explicado cómo el beneditino figuró entre los autores que utiliza la palabra «opinión» como sinónimo de «error», y que al avanzar el XVIII, «frente a la feijoniana *voz del pueblo*, siempre o casi siempre extraviada, se abre paso el principio “democrático” de la *opinión pública* como expresión del parecer de una mayoría»³². Las culturas políticas republicanas insisten a lo largo del XIX en la necesidad de atraerse la opinión a la causa democrática, y consideran que para ello es necesario erradicar lo que consideran «errores populares», un concepto que va más allá del plano de la conciencia. Por ejemplo: aceptar que el rey nacía con más derechos que otro ciudadano para asumir la jefatura del Estado bien podría ser considerado un error popular desde el punto de vista republicano. Y no olvidemos que el discurso «Voz del pueblo» es justamente uno de los seleccionados para la edición que prologó Pi y Margall. La utilidad de semejante labor también la enaltecía Morayta porque suponía «promover la ilustración general, batiendo en brecha los errores comunes»³³.

Mutatis mutandis, los republicanos decimonónicos también consideraron que era necesario orientar la opinión del pueblo combatiendo los que reputaban como errores comunes. Lo hicieron mediante la propaganda y la organización de unos partidos que presentaban importantes diferencias respecto de los tradicionales de notables, porque necesitaban y buscaron un apoyo social que los convertiría en pioneros de la política de masas. En esa labor desempeñó una función esencial la prensa, acompañada de los opúsculos, los catecismos políticos, los mítines, las conferencias o discursos de naturaleza variopinta en ateneos y clubes, las manifestaciones y un sinfín de iniciativas de educación popular que no estaban libres de esa vertiente propagandística. Baste para ilustrarlo un ejemplo: después de la revolución de 1868, en el Sexenio Democrático, el Círculo Republicano de Gijón estableció unas clases gratuitas para obreros y artesanos en las que se enseñaban materias convencionales (Aritmética, Lectura, Historia, Geografía...) junto con dos asignaturas íntimamente relacionadas a cargo del dirigente republicano más popular de la ciudad, el médico Eladio Carreño, que impartía «Explicaciones sobre los principios de la Democracia» y «Errores y preocupaciones populares». La resonancia feijoniana de esta última parece indudable³⁴.

³² Citado en Antonio CALVO MATURANA, «Rumor y opinión pública en la España de Carlos IV: la transición entre dos modelos políticos, sociales y culturales», en Rosa María Capel (ed.), *Presencia y visibilidad de las mujeres: recuperando historia*, Madrid, Abada Editores, 2013, pág. 130.

³³ MORAYTA, *El padre Feijoo*, pág. 43.

³⁴ *La República Española*, Gijón, 1-I-1869. Recordemos, también, cómo sintetizaba Fermín Canella el valor de las obras del monje: «combatió [...] todas las preocupaciones del vulgo», CANELLA, *Estudios asturianos*, pág. 165.

Lo que no hay que perder de vista, en cualquier caso, es la enorme ascendencia que todos estos publicistas y dirigentes republicanos tuvieron en la formación política de otros correligionarios. Al escribir obras de cabecera, sus opiniones sobre Feijoo, igual que las que tuvieron de otros pensadores o figuras históricas, se transmitían con mucha facilidad. Pero ello no impidió, naturalmente, que las nuevas generaciones de jóvenes republicanos leyesen directamente los trabajos del beneditino y reflexionasen acerca de sus planteamientos. Allá por 1870, con 24 años, leyó Joaquín Costa el *Teatro crítico* y le quedó grabada, hasta el punto de comentarla en sus memorias, la historia del Españolito, un niño que había vivido en París y que fue todo un prodigio «porque tuvo la dicha de caer en manos de un maestro igualmente hábil para su enseñanza que celoso de su aprovechamiento». Entonces aun era un crío Adolfo Posada, pero seguro que no tardó en leer escritos del que posteriormente referiría como «el gran Feijoo». Y a finales de siglo, el entonces bachiller Pedro Vallina, que antes de evolucionar hacia el anarquismo se había educado en ambientes republicanos federales, satisfacía su gran afición a la lectura con los libros usados que compraba en un rastro de Sevilla donde afirmó haber encontrado «varios tomos de las obras de Feijoo». También de otra generación posterior, el médico Carlos Martínez, dirigente luego del Partido Radical Socialista, leyó algunos volúmenes del *Teatro* a principios del novecientos y lo hizo constar asimismo en sus recuerdos. Cuenta que sus primeros libros los adquirió en Avilés en la librería de la viuda de Indalecio, quien había sido un masón y republicano muy conocido, pero aclara que el de Feijoo lo tomó prestado en el Centro Católico de esa villa. Sea como fuere, las obras de Feijoo no faltaron en las bibliotecas de los centros republicanos. La del Ateneo Obrero de Gijón, sin ir más lejos, disponía de varios títulos, que iban desde las ediciones de finales del XVIII (así las *Cartas eruditas* de 1773-1777) a diversos ejemplares de selecciones del *Teatro* como las que se publicaron a cargo de Agustín Millares en la colección «Clásicos castellanos» (década de 1920). La puesta en marcha de la Biblioteca Popular Circulante por el Ateneo en 1904 ayudó a una mayor difusión de todas esas lecturas, y en 1930 sus fondos rondaban los diez mil volúmenes³⁵.

³⁵ Joaquín COSTA, *Memorias*, Juan Carlos Ara Torralba (ed.), Zaragoza, Prensas Universitarias / Instituto de Estudios Aragoneses, 2011, pág. 132. En efecto, en la obra del beneditino se describe como un niño que antes de sumar diez años estaba versado en muchas disciplinas y autores. Véanse Benito Jerónimo FEIJOO, *Teatro crítico universal*, t. IV, Madrid, Imprenta Real de La Gazeta, 1773, págs. 460-462; Adolfo POSADA, *Fragmentos de mis memorias*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1983, pág. 15; Pedro VALLINA, *Mis Memorias*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro & Libre Pensamiento, 2000, pág. 33; Carlos MARTÍNEZ, *Al final del sendero*, Gijón, Silverio Cañada, 1990, pág. 51. Véase también el catálogo de la Biblioteca Jovellanos de Gijón, donde se conservan los fondos del Ateneo histórico que sobrevivieron a las quemaduras de la Guerra Civil: Ángel MATO DÍAZ, *El Ateneo Obrero de Gijón (1881-1937)*, Gijón, Ateneo Obrero, 2006, págs. 72 y 110.

Alusiones a Feijoo en el periodismo republicano

Ya influidos por los juicios de los publicistas más autorizados, ya como fruto de una reflexión propia tras la lectura de sus obras, los periodistas republicanos veían en Feijoo al reformista adelantado a su tiempo, al pensador racional que combatió la superstición, el fanatismo y la ignorancia en una época en la que la heterodoxia se pagaba con la hoguera. De ahí que se defiende que «el siglo XVIII debiera muy bien llamarse en España el siglo de Feijoo». El diario republicano *El Globo*, portavoz de las ideas castelaranas, llegó a manifestar que el benedictino «fue, a su modo, un meritísimo y excepcional periodista», precursor de quienes desempeñaban esa profesión. Y no dudaba en sostener que, como «enemigo de las vulgaridades e incansable debelador de la ignorancia», debía ser considerado «un verdadero apóstol de la libertad»³⁶.

En algunos títulos de la prensa republicana también se observa un esfuerzo de difusión de sus obras, que forman parte del acervo que sus responsables consideran más indicado para la formación doctrinal de sus lectores y correligionarios. En *La Discusión*, el gran periódico democrático de la época anterior a la Gloriosa, se anunciaban en 1864 las obras escogidas de Feijoo de la Biblioteca de Autores Españoles. Más tarde, en el semanario federal *El Nuevo Régimen*, que desde 1891 representó las ideas de Pi y Margall en el terreno periodístico, tampoco faltaron unas obras escogidas de Feijoo entre los libros que se publicaban en su última plana³⁷.

Testimonios elocuentes se pueden rastrear desde la época isabelina, momento en que los republicanos comenzaron a organizarse políticamente al engrosar las filas del Partido Democrático, creado oficialmente en 1849. El periódico *La Joven Asturias*, defensor de tales ideas, lamentaba en 1864 que, mientras se proponía recordar al marqués de Camposagrado —fallecido ese año— renombrando una calle en su honor, en la capital asturiana no existiese «el más ligero recuerdo para varones tan eminentes como Marina, Feijoo, Jovellanos, Argüelles, Flórez Estrada, etc.». Eran referentes, a su manera, de la naciente democracia española³⁸.

A lo largo del siglo, el nombre de Feijoo se invoca en la prensa republicana bajo las circunstancias más variadas: ora para una cita autorizada hablando de las mujeres, como hizo Roberto Robert; ora para combatir argumentos de Maquiavelo y terminar enalteciendo a «los fundadores de la independencia y la libertad de los Estados Unidos», a los doceañistas y a quienes en suma defendían «la política buena, la honrada, la que Feijoo llamaba la más fina». Un colaborador de *El Globo*, Modesto Fernández González, lo considera una «verdadera

³⁶ *Cultura e Higiene*, Gijón, 26-IX-1914. «En tal día como hoy», en *El Globo*, Madrid, 8-X-1897.

³⁷ Como botón de muestra, *La Discusión*, Madrid, 20-I-1864, y *El Nuevo Régimen*, Madrid, 24-I-1891.

³⁸ *La Joven Asturias*, Oviedo, 1-VIII-1865.

lumbreira de la Iglesia y de la ciencia», lamentando también que por aquel entonces no lo recordase en Galicia ningún monumento, estatua o lápida³⁹.

Si hubo un rasgo feijoniano que la prensa republicana acogió con especial simpatía, ese fue su racionalismo. De hecho, pocas cosas hay más elocuentes que un periódico anticlerical reivindicando el papel cultural que algunos eclesiásticos habían tenido en el pasado, aunque se tratase de un grupo muy selecto. En 1909, por ejemplo, el semanario *Las Dominicales del Libre Pensamiento* lamentaba que ya no se dieran esos casos: «hacía ya mucho tiempo que los conventos no producían ningún fray Luis de León, ni Tirsos de Molina, ni Padres Mariana, ni padres Feijoo, ni un solo varón ilustre; tan solo genios chocarreros que inventaban procesos ridículos y absurdos y canciones groseramente insultantes». Y lo hacía, por añadidura, en un contexto de fuerte movilización social con aspiraciones anticlericales, cuyo resultado más conocido fue la Semana Trágica, y que desembocó al año siguiente en una oleada de manifestaciones que reclamarían de Canalejas mayor firmeza contra el clericalismo⁴⁰.

Ramón Chies, director de *Las Dominicales*, buceaba en la historia para rastrear a los pioneros que, según sus palabras, formularon «la primera protesta contra el catolicismo». En dicho ejercicio, tras recordar la expulsión de los jesuitas acometida por Carlos III y el pensamiento de los regalistas, sentenciaba: «del seno de la propia Iglesia se alza la voz razonadora de Feijoo para destruir un mundo entero de trasgos y fantasmas, brujas y demonios, que el fraile combatió porque desfiguraban la teología». Precisamente en esa lucha contra la superstición, el nombre de Feijoo salía a relucir junto al de otros ilustrados en lo que constituía un reconocimiento de su labor precursora. En otra ocasión, el citado periódico, hablando sobre lo que consideraba «patrañas [...] inventadas para saquear los bolsillos de los imbéciles creyentes», incluyó a Feijoo entre los sabios que habían «evidenciado estos fraudes piadosos» y que además fueron «tratados de impíos»⁴¹.

Había, desde luego, algo de verdad en todas las justificaciones esgrimidas para reivindicar su figura; pero también algo de invención y de lectura interesada de la historia. La tergiversación es más evidente cuando se descontextualizan algunas frases, como sucede en *La Discusión* al afirmarse que Feijoo ya

³⁹ *La Ilustración Republicana Federal*, Madrid, 8-II-1872. *La Discusión*, Madrid, 30-VIII-1874. *El Globo*, Madrid, 10-VI-1878.

⁴⁰ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 13-VIII-1909. Solo en julio de 1910 hubo más de cien manifestaciones anticlericales, al decir de José ANDRÉS-GALLEGO y Antón M. PAZOS, *La Iglesia en la España contemporánea, 1, 1800-1936*, Madrid, Encuentro, 1999, pág. 292.

⁴¹ «Caracteres del librepensamiento», en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 23-XII-1883. «La influencia del clericalismo», en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Madrid, 3-X-1902. Apreciaciones similares pueden hallarse en la prensa anarquista, como evidencia el artículo de Federico Urales en *La Revista Blanca*, Madrid, 15-X-1901: «Por la puerta de Feijoo entraron en España las ideas modernas, aunque la inquisición ejerciera la fiscalización en las inteligencias; pero nuestro autor no pudo abrir las puertas de par en par».

opinaba que las monarquías eran «el mayor robo que se vio jamás». En general, suele valorarse como algo positivo todo lo que revele heterodoxia, igual que cualquier denuncia o persecución sufrida por el reivindicado: «El Padre Feijoo, por haber probado la falsedad de un milagro, fue denostado por otros Padres». Tales juicios enlazarían con la consideración de Feijoo, según vimos al principio, como apóstol de la libertad en el imaginario republicano⁴².

La visión de la masonería

Hemos visto que existieron diferentes factores que propiciaron el enaltecimiento de Feijoo por los republicanos, aunque unos parecen más relevantes que otros. Más allá del ascendiente ilustrado que distingue a los republicanismos españoles en general, hay tres o cuatro aspectos de las ideas o planteamientos de Feijoo que hacen comprensibles las simpatías de los republicanos, que lo vieron como un adelantado a su tiempo y se consideraron a sí mismos herederos en tales aspiraciones. Sobresale la lucha contra la superstición y la ignorancia, que es la más evidente y la que más abunda en el publicismo racionalista. También encierra gran significación la defensa de las aptitudes de las mujeres, a las que tampoco olvidó Pi y Margall en su prólogo. Y, desde luego, las apreciaciones sobre la enseñanza, glorificadas especialmente por Morayta, quien, entre otras muchas cosas, recuerda la crítica de Feijoo al simple dictado de cuartillas y el estudio memorístico, tan fustigado igualmente por bastantes institucionistas («Feijoo consideraba detestable este modo de enseñar»; «la memoria no vale lo que el entendimiento»)⁴³.

De todos los republicanos citados, fue justamente Morayta quien más páginas le consagró al beneditino, y en su caso había otro motivo para que su figura le resultase deslumbrante: la masonería. El catedrático ingresó en una logia en 1863 y desde entonces «llevó una intensa vida masónica», llegando a ejercer muchos años como Gran Maestro del Gran Oriente Español. A la luz de esta faceta biográfica, no es casualidad que subrayase las opiniones de Feijoo sobre los francmasones, reproduciéndolas ampliamente en su historia de España. El monje había realizado lo que podríamos considerar un enfoque sereno de la masonería, algo que tiene interés recordar aquí por el alto número de republicanos que pertenecieron a logias en la España contemporánea. Respondiendo también a las posturas de otros eclesiásticos, Feijoo se pronunció racionalmente sobre el particular. Frente a quienes decían que en las sociedades secretas obligaban a tomar un brebaje mágico que anudaba la garganta de los que fueran a revelar una confidencia, alegó irónicamente: «es buena especie para divertirse

⁴² *La Discusión*, Madrid, 8-IX-1886. *La Mosca Roja*, Barcelona, 12-VIII-1882.

⁴³ PI Y MARGALL, «Prólogo», pág. x; MORAYTA, *El padre Feijoo*, pág. 52.

con ella niños y viejas las noches de invierno». El benedictino advertía del riesgo de que se generalizasen las calumnias y veía poco sólidos los fundamentos que animaban su persecución, que se basaba en la sospecha y el rumor. En su opinión, no se podía «imponer a nadie delito que no esté suficientemente probado». Benimeli considera que el juicio del monje «es valiente», aunque matiza que no es que defienda la masonería, como sostuvo Morayta, sino que formula «atinadísimos razonamientos para demostrar que carecían de toda base las acusaciones hechas contra las sociedades secretas, considerándolas como centro de ateísmo y antro de crímenes»⁴⁴.

Recordemos que Fermín Canella, masón en una logia de Oviedo, le dedicó un trabajo a Feijoo en su obra *Cartafueyos d'Asturies*, publicada en 1884. En ella afirma que, «como Bacon en Inglaterra y Descartes en Francia, el célebre benedictino fue en España el iniciador de gran revolución de las ideas»; que «concibió el proyecto, no menos atrevido que honroso, de atajar el torrente de errores y preocupaciones que a España inundaba». Y se cuida de hacer análisis extemporáneos: «debe considerarse el tiempo en que se publicaron aquellas valientes y atrevidas doctrinas [...]; hay que considerar al fraile innovador, expuesto a las persecuciones de que le salvó la protección del Soberano»⁴⁵.

Masón fue, igualmente, el escritor republicano Manuel Curros Enríquez, que le dedicó a Feijoo una pieza dramática concebida los días en que se proyectó levantarle una estatua en Orense. El autor sitúa la acción en la propia celda del benedictino, en el ovetense convento de San Vicente. La obra fue representada en 1879 en el teatro de la ciudad gallega por la compañía infantil que dirigía Luis Blanc, otro republicano federal bien conocido de su tiempo. La aparición de Feijoo en escena se inicia con un monólogo contra sus detractores y críticos:

¡Oh! zoilos de vil calaña,
a quienes sin culpa di
con las obras que escribí
ocasión de culpa y saña;
partidarios del error,
en cuya noche sombría
huérfano el pueblo gemía
sin norte y sin redentor;
cobardes impugnadores,
que os nutrís de mi honra herida
como la larva dormida

⁴⁴ M.^a Asunción ORTIZ DE ANDRÉS, *Masonería y democracia en el siglo XIX. El Gran Oriente Español y su proyección político-social (1888-1896)*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1993, pág. 141 y ss.; MORAYTA, *Historia general de España*, págs. 326-333; José Antonio FERRER BENIMELI, *La masonería española en el siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1986, págs. 190-192; José Antonio FERRER BENIMELI, «Feijoo y la masonería», en *II Simposio sobre el padre Feijoo y su siglo*, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1983, págs. 349-362, vol. II.

⁴⁵ CANELLA, *Estudios asturianos*, pág. 165.

de las hojas de las flores:
 ¡Heme aquí de nuevo! Aún late
 lleno de fe el pecho mío,
 y con más fuerza y más brío
 me presento hoy al combate.
 Si a vuestras ansias malditas
 no bastó mi *Teatro* entero,
 ¡morded el tomo primero
 de mis *Cartas eruditas!*⁴⁶.

Balance

En este trabajo hemos visto numerosos ejemplos del reconocimiento que le dispensaron a Feijoo los republicanismos españoles, tomando como guía las observaciones de algunos de sus ideólogos y publicistas más caracterizados. Había en los republicanos del siglo XIX una necesidad de construir su propia tradición, de reivindicar a sus mártires e inspiradores y elaborar una visión nacional de la historia de España que, aunque compartió muchos rasgos con la que difundieron otras ramas del liberalismo, también presentaba singularidades. Todo eso no impide, en lo tocante a la Ilustración, la existencia de herencias filosóficas manifiestas.

Las culturas políticas republicanas surgieron como un elemento nuevo que precisaba un discurso legitimador, y para elaborarlo resultaba inevitable preconizar determinadas figuras, apropiarse de ellas como sucesores de un legado reformista y de un eslabonamiento de combates por la libertad que hundía sus raíces en tiempos muy pretéritos. En cierto modo, algunas de esas figuras se republicanizan, y la Ilustración fue un vivero de personalidades de las que se reclamaban sucesores. Esto no desmiente que hubiera aspectos objetivos que hacían del republicanismo un heredero de aquellas tradiciones filosóficas, pero seguro que los elementos recibidos no se distinguieron mucho de los que se perciben en otras familias del liberalismo y, en cualquier caso, eso no autorizaba un proceso inverso; o para decirlo de otra forma, podrían distinguirse en el republicanismo español atributos de raigambre feijoniana, igual que jovellanista, pero esto no hacía de Feijoo o Jovellanos republicanos ni protodemócratas, que es lo que parece buscarse a veces. Cuando se forzaba esa interpretación y se les trataba de calar el gorro frigio, realmente se le estaban inventando abuelos a la democracia.

⁴⁶ Manuel CURROS ENRÍQUEZ, «El padre Feijoo. Loa dramática en un acto y en verso», *Obras Completas*, Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1921, págs. 139-172, t. II.